

CUESTIONES PREVIAS AL ESTUDIO DE LAS *DISPUTACIONES METAFÍSICAS* DEL P. FRANCISCO SUÁREZ

1. PRELIMINARES

Nos proponemos en este artículo realizar un estudio general preparatorio sobre las *Disputaciones Metafísicas* del P. Francisco Suárez, SJ¹, con la intención de fijar de manera todo lo precisa que se pueda sus líneas directrices, tanto en lo que se refiere a las motivaciones, las razones de gestación, los propósitos y, principalmente, todo aquello que tiene que ver con el modo de realizar el proyecto de una metafísica cristiana, que es en última instancia la razón más profunda que mueve al Doctor Eximio y Piadoso² y que en el texto mismo podrán verse con detalle. Constituye, pues, este ensayo nada más que una introducción al estudio de la metafísica suareciana. Se intenta en definitiva contextualizar, en un plano estrictamente formal, esa obra filosófica fundamental que son las *Disputaciones Metafísicas*, basándonos para ello en la cuasi certeza

1 Francisco Suárez, *Disputaciones Metafísicas*, Edic. y traduc. Sergio Rábade R., Salvador Caballero y Antonio Pigcerver Z. Edit. Grados, Colec. B.H.F., Madrid, 1960-1966, 7 tomos. Cada vez que hagamos referencia al texto suareciano citaremos de acuerdo con esta edición, abreviando el título con las iniciales DM, indicando sucesivamente el número de la disputación, de la sección y del texto, y colocando entre paréntesis el volumen y la página correspondiente.

2 Estos apelativos con que se acostumbra a nombrar al P. Suárez le fueron otorgados por su Santidad el Papa Paulo V, en Breve de fecha 2 de octubre de 1607, como respuesta a la carta enviada por el P. Suárez con motivo de la publicación de su tratado «De Immunitate contra Venetos»; entre uno de sus párrafos se puede leer: «... de suerte que la obra entera da testimonio de un teólogo eximio y piadoso», Raúl de Scorraillé, *El P. Suárez de la Compañía de Jesús, según sus cartas, sus demás escritos inéditos y crecido número de documentos nuevos*, traduc. P. Hernández, Edit. Subirana, Barcelona, 1917, 2 tomos, t. II, p. 117. Sobre el significado de estos calificativos aplicados al P. Suárez puede consultarse: José M. Dalmau, 'Suárez, Teólogo Eximio y Piadoso', en *Rev. Cristiandad*, n. 107, Madrid, 1948, pp. 382 y ss.

que compartimos con otros en cuanto a que no sólo el interés por la figura del Doctor Eximio ha ido creciendo a lo largo de este siglo, sino que también se ha abierto paso a la convicción de que carecemos de una comprensión interna, genética, de su filosofía³. Se suman a estas dificultades las que se derivan de su voluminosa producción, y el hecho histórico de haber llegado a constituirse en cabeza de una escuela de singular importancia y trascendencia, lo que se ha traducido en una proliferación de estudios, principalmente con motivo de la celebración del Cuarto Centenario de su Nacimiento⁴. Y aún cuando es cierto que sobre el P. Suárez se han realizado a la fecha numerosos estudios sobre temas específicos, que sería largo numerar, no es menos notorio que sobre muchos de esos mismos temas todavía queda por realizar una más acabada sistematización, que compendie de mejor manera su quehacer filosófico. Atrás y lejos quedan por tanto las quejas, justificadas en su momento, de Gómez Arboleya cuando escribía: «Suárez se encuentra tan velado con los brillos de su fama como otros con las nieblas del olvido. Respecto a él falta hacerlo todo; pues no sólo su obra está en infolios de difícil manejo, de su pensamiento no hay hasta el día una exposición fervorosa y adecuada a sus múltiples merecimientos»⁵. Por

3 Santiago Fernández Burillo, 'Suárez y el Ontologismo', en *Rev. Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, vol., 20, Salamanca, 1993, p. 213.

4 En cuanto a la Bibliografía Suareciana:

— AA.VV., *Rev. Estudios Eclesiásticos*, vol. 22, Madrid, 1948.

— Plácido Múgica, Edic. Universidad de Granada, Granada, 1948.

— Jesús Iturrioz, *Rev. Pensamiento*, vol. 4, Madrid, 1948.

— A. Pérez Goyena, *Rev. Razón y Fe*, vol. 47, Madrid, 1917.

— Carlos Larráinzar, *Una Introducción a Francisco Suárez*, Edic. Universidad de Navarra, Pamplona, 1977.

— Francisco de P. Solá, *Suárez y las Ediciones de sus Obras*, Edit. Atlántida, Barcelona, 1948.

5 Enrique Gómez Arboleya, *Francisco Suárez, S.J.*, Public. Universidad de Granada, Granada, 1946. Prólogo, p. XIII.

Haciendo referencia precisamente a la bibliografía suareciana, con todo acierto a nuestro parecer, Fernández Burillo dice: «Es más lo que escribió Suárez que aquello que se ha escrito sobre él. Pero no es cuestión de cantidad. Es, sobre todo, algo cualitativo; pues no existe acuerdo acerca de por qué pensaba como pensaba en los puntos capitales de su Metafísica. Y no es que subsistan, irreductibles, suaristas y no-suaristas. Sería algo lógico, si las respectivas posiciones fueran claras y unánimes. Pero imagínese que preguntamos: ¿Tiene Suárez una síntesis filosófica propia? ¿Es tomista, o no? ¿Su Metafísica es esencialista? ¿Qué es antes, su Gnoseología o su Ontología? ¿Existe una «Philosophia Naturalis» suareciana? ¿Acepta o rechaza la teoría del acto y la potencia aristotélica? ¿Por qué? Cualquiera que sepa algo del asunto, reconocerá que son preguntas oportunas. Y que no hay filósofo —de los que han tenido el título de «grandes»— de quien se dude de tantas y tan importantes cuestiones. En efecto, este conjunto de preguntas —y hasta una sola de ellas— produciría una confusión babélica en la reunión de los doctos. De hecho, ya la ha producido», 'Suárez y el Ontologismo', pp. 213-214

ello, e insistiendo en las consideraciones que acabamos de transcribir, no nos resulta difícil asumir en plenitud, las calificaciones relativas a los estudios realizados sobre las *Disputaciones Metafísicas* llevada a cabo por Yela Utrilla: «La dificultad u oscuridad de valoración que envuelve la obra metafísica suareciana está claramente indicada por las opiniones o falta de opiniones que rondan en torno a la apreciación de ella. Y no hablamos ya de quienes ven simplemente en Suárez un occamista, uno de tantos tomistas, un ecléctico, etc.; hemos descartado ya previamente tales o parecidos abusos verbales. Positivamente se ha afirmado de Suárez que es un filósofo realista, que es el sistematizador o legislador de la metafísica; que es un filósofo modista; pero cuando se insiste sobre la explicación de tales términos, se ve claramente que estamos ante meras y huecas palabras. Quizás fuera lo mejor decir que *sobre Suárez no se sabe nada*, siendo la magnitud de su obra una de las principales dificultades para saber algo de ella»⁶. Y estas afirmaciones no parecen exageradas, cuando las correlacionamos con otras que apuntan a la actual dispersión y atomización de la investigación como causa de controversias y falta de atención al genuino pensamiento suareciano⁷.

2. ORÍGENES Y MOTIVO DE LAS *DISPUTACIONES METAFÍSICAS*

Convengamos desde ya que para el P. Suárez el carácter más profundo y definitivo de la realidad es la índole de ser que tienen las cosas. Precisamente la tarea de la metafísica consiste en desentrañar todo lo que, mediante el conocimiento natural, sea posible llegar a saber acerca de la entidad, tarea que asume el P. Suárez con todas sus consecuencias y que se plasma al presentar este saber como un todo orgánico y sistemático, contribuyendo de esta manera al progreso significativo de una ciencia que con sus aportes dejó definitivamente de elaborarse como un simple comentario al texto de Aristóteles, para ser presentada a modo de sistema coherente y abierto a sucesivos progresos, tal como ha ocurrido y podemos constatarlo en la historia del pensamiento filosófico⁸.

Éstos serían algunos antecedentes previos sobre los cuales se ha venido argumentando en favor de considerar a la metafísica suareciana como un con-

6 Juan Francisco Yela Utrilla, *Suárez y la Unidad de la Filosofía*, Congreso Internacional de Filosofía, Centenario de los Filósofos Francisco Suárez y Jaime Balmes, Instituto Luis Vives de Filosofía, Madrid, 1949, vol., 1, p. 162.

7 Cf. Carlos Larráinzar, *Una Introducción a Francisco Suárez*, p. 67, nota n. 62.

8 Cf. Juan Roig Gironella, 'La Síntesis Metafísica de Suárez', en *Rev. Pensamiento*, vol. 4, Madrid, 1948, p. 169.

junto de claves doctrinales necesarias para integrar, a la vez que la fe cristiana, todo el amplio espectro del saber humano, sin menoscabo alguno de éste y sin prejuicios para aquélla. Por este motivo —bueno es recordarlo— todos los metafísicos de los siglos XVII y XVIII aprenden Metafísica en la obra del P. Suárez, o en sus inmediatas derivaciones, y en ese sentido son discípulos suyos.

Por otro lado, en los estudios que sobre el P. Suárez se han realizado es ya un lugar común señalar unánimemente el carácter innovador que presentan las *Disputaciones Metafísicas*, afirmando, respecto de ellas, que son producto de su labor como teólogo⁹ y la culminación de su labor docente. Sus libros son en definitiva instrumentos de consulta y de trabajo para la cátedra universitaria¹⁰.

En efecto, motivado por sus preocupaciones teológicas y docentes¹¹, al mismo tiempo que necesitado de principios filosóficos que permitieran desarrollar con todo fundamento sus comentarios a la Tercera Parte de la *Suma Teológica* de Santo Tomás, y eventualmente el comentario de toda la *Suma*, el P. Suárez interrumpió la serie de sus obras teológicas que ya había comenzado a publicar, para dar paso a la elaboración de una Metafísica¹² que contuviera los principios filosóficos requeridos para la elaboración de la ciencia teológica. Una muestra clara de esta labor filosófica nos la pone de manifiesto Marcial Solana, en un artículo cuyo título es desde ya sugerente: «Suárez, Maestro de Metafísica para Teólogos», estudio que está destinado a mostrar, a modo de ejemplo, la manera cómo el P. Suárez, en sus *Disputaciones*, analiza conceptos metafísicos indispensables para el recto conocimiento de tres dogmas capitales de nuestra fe católica; importa aquí transcribir la significativa conclusión que expone en las páginas finales: «Ésta es, expuesta con la brevedad que las circunstancias exigen, la declaración suareciana de lo que son la esencia, la naturaleza, la sustancia, el accidente, la hipóstasis y la persona, para estudiar

9 Cf. Juan Roig Gironella, 'La Metafísica de Francisco Suárez. Magna Obra de Filosofía Cristiana', en *Rev. Cristiandad*, n. 107, Madrid, 1948.

10 Julián Mariás, *Ensayos de Teoría*, Edit. Barna, Barcelona, 1954, p. 208.

11 «Su obra es teológica no sólo por su extensión, sino también por la erudición asombrosa, la profundidad de su ingenio y la seguridad de su doctrina; la ciencia teológica constituye la base de una actividad doctoral de maestro y escritor», Ismael Quiles, *Introducción a la Metafísica*, Edit. Aguilar, Colec. Austral, Bs.As., 1946, p. 14.

12 Respecto al origen histórico de la Metafísica del P. Suárez puede consultarse el minucioso estudio realizado por Jesús Iturriz, 'Estudios sobre la Metafísica de Francisco Suárez, S.J.', en *Estudios Onienses*, Serie II, vol. I, Madrid, 1949. Todo el cap. I está destinado a develar esta problemática, para demostrar, entre otras cosas, que las DM no son el resultado de una preocupación momentánea del autor, ni resultado de una genial idea, ni mucho menos de un original talante, sino fruto de una larga maduración, que se inicia con sus primeros escritos y la referencia a un *opúsculo de metafísica*, al que el propio P. Suárez alude en varias oportunidades, y que encuentra su aval en el alto nivel alcanzado por el pensamiento español de la época.

científicamente los dogmas básicos de nuestra Religión: la Santísima Trinidad, la Encarnación del Verbo, y la Sagrada Eucaristía. Si el tiempo y vuestra paciencia lo consintieran, yo podría presentaros la declaración que Suárez hace, en sus *Metaphysicarum disputationum*, de cada uno de los otros conceptos metafísicos que son necesarios al teólogo para el estudio de la ciencia sagrada. Luego, con pleno fundamento, podemos concluir que Suárez, que realizó con perfección extraordinaria esta labor filosófica, es maestro excelso de Metafísica para teólogos»¹³.

Nadie podría negar que el teólogo del siglo XII, como el del siglo XVI, y el de nuestros días, debe apoyarse en un substratum metafísico, que la filosofía prepara a la teología, lo que explicaría la urgencia que experimentó el P. Suárez de estudiar a fondo y de transmitir luego por escrito los problemas de la metafísica, entrelazados en un sistema que a la vez que echa sus raíces en la tradición escolástica y fundamentalmente en Santo Tomás, es una síntesis personal a la que imprime el Doctor Eximio el sello de su genio¹⁴. Y es que, como bien se testimonia, «Suárez pertenecía a aquella generación de teólogos que, según la sentencia de San Agustín, querían juntar a la fe, en la verdad revelada, la inteligencia de esa misma verdad, en cuanto es dado al ingenio humano. Y querían más, querían ver las mutuas relaciones que las verdades propuestas por la revelación guardan entre sí y con los principios de la razón natural para agruparlas en sistemas armónicos que mutuamente se ilustran y completan. Todo este trabajo de especulación va guiada por la luz de la revelación que es la única capaz de dar orientaciones seguras, pero exige también la luz de la razón sostenida en principios y doctrinas filosóficas bien determinadas»¹⁵.

La intención que mueve al P. Suárez no es otra —y así lo declara expresamente, como veremos en la cita siguiente— eliminar de una vez por todas, en la medida de lo posible, el engorroso procedimiento de tener que recurrir cada vez que fuese necesario, a modo de explicación dentro del texto teológico, a materias que no son propias de ese saber. Para superar esta dificultad nuestro autor recurre a un procedimiento totalmente innovador. Esta modalidad genuina del P. Suárez es la de exponer su pensamiento discutiendo con el pasado en un tiempo presente, a la vez que se ponen en claro las opiniones tradicionales, pesándolas y confrontándolas con la realidad, tal como es accesible a la experiencia o a

13 Marcial Solana, 'Suárez, Maestro de Metafísica para Teólogos', en *Homenaje al Dr. Eximio P. Suárez, s.j., en el IV Centenario de su Nacimiento 1548-1948*, Actas Salmanticensia, Facul. de Derecho, t. I, n. 2, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1948, p. 74.

14 Cf. Ismael Quiles, *Introducción a la Metafísica*, pp. 14 y ss.

15 Felipe Alonso Barcena, 'El Padre Francisco Suárez y su Obra Teológica', en *Rev. Nacional de Educación*, vol. 3, Madrid, 1943, p. 78.

la razón, para llegar por este procedimiento a una certidumbre superior a las presuntas que esa misma tradición ofrece, y que por su misma multiplicidad llegaran a convertirse en la causa de la más radical incertidumbre¹⁶. Dice el Eximio:

«Y como con frecuencia, en medio de las disertaciones acerca de los divinos misterios, se me presentasen estas verdades metafísicas, sin cuyo conocimiento e inteligencia difícilmente, y casi en absoluto, pueden ser tratados aquéllos con la dignidad que les corresponde, me veía obligado a menudo o bien a entremezclar problemas menos elevados con las cosas divinas y sobrenaturales, cosa que resulta incómoda al que lee y de escasa utilidad, o bien, con el fin de evitar este obstáculo, a proponer brevemente mi parecer sobre dichos puntos, exigiendo de esta forma una fe ciega al que lee, lo cual no sólo era molesto para mí, sino que también a ellos les podría parecer con razón intempestivo; efectivamente, se hallan de tal forma trabadas estas verdades y principios metafísicos con las conclusiones y discursos teológicos, que si se quita la ciencia y perfecto conocimiento de aquéllas, tiene necesariamente que resentirse también en exceso el conocimiento de éstas»¹⁷.

El P. Suárez teólogo tuvo la necesidad imperiosa de hacerse filósofo, tan sólo para que él y sus lectores llegaran a ser mejores teólogos; y si en esta obra estrictamente filosófica su principal intento fue echar los sólidos cimientos de su admirable labor y construcción teológica, en el resto de su portentosa producción actuó como teólogo¹⁸.

Esta tarea el P. Suárez la siente cumplida y, sin alardes, con escuetas y humildes palabras, lo anuncia en carta dirigida al P. Aquaviva, General de su orden, el 22 de octubre de 1597:

«En Salamanca dejé acabada de imprimir una *Metafísica*¹⁹, y dejé encargo se enviaran luego a V.P. algunos libros del P. Francisco Rodríguez: creo se habrá ya hecho»²⁰.

16 Cf. Julián Marías, *Ensayos de Teoría*, p. 213.

17 DM, Proemio (I, 203).

18 Cf. Romualdo Galdós, 'Méritos Escriturísticos del P. Suárez, S.J.', en *Rev. Estudios Eclesiásticos*, vol. 22, Madrid, 1948, p. 400.

19 El título original y completo de esta la que sería su cuarta obra es: *Metaphysicarum disputationum, in quibus et universa naturalis theologia ordine traditur, et quaestiones omnes ad duodecim Aristotelis libros pertinentes accurate disputantur*. Salmanticae apud Ioannes et Andream Renaut, fratres MDXCVII, 1.426 páginas in folio.

20 Raúl Scorraïelle, ob. cit., t. I, p. 312.

Entre la fecha que acabamos de mencionar, 1597, y la de 1636 —39 años de plena y significativa vigencia— tuvo dicha *Metafísica* 39 ediciones, todas fuera de España: en 1599, en

3. INADECUACIÓN ENTRE LA FILOSOFÍA TRADICIONAL Y LA TEOLOGÍA

Los principios a los que se alude debían contener una fundamentación de tal naturaleza que no podían ser admitidos confiando únicamente en el peso de la tradición, sin haberlos sometido antes a un examen riguroso, estudio acucioso que el P. Suárez va a exponer en esa obra a la cual hemos venido haciendo referencia a través de cincuenta y cuatro disputas, en donde se dan a conocer precisamente esos principios y doctrinas, abarcando para tal efecto dos tomos con más de dos mil páginas, llegándose a constituir en una de las obras de especulación filosófica más acabada y perfecta que se han escrito en el campo católico. Pero, nótese bien esta observación fundamental: toda esta investigación filosófica, la totalidad de las disputaciones, como el mismo P. Suárez lo advierte, van enderezadas a la Teología ²¹.

Ya en tiempos de su juventud, al parecer, el P. Suárez mostraba inquietud por estos temas: «Cuando a la reforma tridentina seguía la vivificación científica religiosa depositada en sus normas y decretos, cursó Francisco Suárez sus estudios en Salamanca, advirtiendo su preclara inteligencia junto a estimables valores sabios, las deficiencias del método en los maestros y las posibilidades que aquella pedagogía rectificada pudiera ofrecer a la ciencia eclesiástica» ²², y por ende, que su filosofía escolástica resultaba inadecuada para las ciencias sagradas ²³.

«Por esta razón, pues, a pesar de haber estado yo ocupado en la composición y publicación de tratados y disputaciones de sagrada teología más importantes, me vi obligado de momento a interrumpir o, mejor, remitir su cuidado para revisar de nuevo, y enriquecer al cabo de los años, los apuntes acerca de la sabiduría natural que muchos años antes, siendo aún joven,

Venecia; en 1600, en Maguncia; en 1605, tres: una en Maguncia, una en Venecia, una en París. Tres años más tarde, en 1608, una en Colonia. En 1610, una en Venecia. En 1614, cuatro: dos en Ginebra, una en Colonia, una en Maguncia. En 1619, una en París, una en Venecia (la cuarta en esta ciudad). En 1620, una en Colonia que fue la tercera. En 1630, una en Maguncia que era ya la cuarta. En 1636, una en Ginebra (la tercera en la ciudad de Calvino). En total suman 17 ediciones, como lo compendia Joaquín Iriarte en su artículo 'La Proyección sobre Europa de una Gran Metafísica -o- Suárez en la Filosofía de los Días del Barroco', en *Rev. Razón y Fe*, vol. 138, Madrid, 1948, p. 236.

21 Felipe Alonso Barcena, *El Padre Francisco Suárez y su Obra Teológica*, p. 78.

22 Feliciano Cereceda, 'Formas Renacientes en la Producción Científica Suareciana', en *Rev. Razón y Fe*, vol. 138, Madrid, 1948, p. 119.

23 Cf. Eleuterio Elorduy, *El Plan de Dios en San Agustín y Suárez*, Librería Editorial Avgstivns, Madrid, 1969, p. 55.

había elaborado y profesado públicamente, para que ahora pudieran ser difundidos en utilidad pública»²⁴.

De este modo, y teniendo en cuenta este marco de relaciones, la primera aseveración categórica que podemos encontrar en el apartado que lleva por título «Motivo y Plan de toda la Obra» y que antecede a las Disputaciones Metafísicas dice así:

«Como es imposible que uno llegue a ser buen teólogo sin haber sentado primero los sólidos fundamentos de la metafísica, por lo mismo siempre creí importante, cristiano lector, ofrecerte previamente esta obra que —debidamente elaborada— pongo ahora en tus manos, antes de escribir los Comentarios Teológicos, de los que parte vieron ya la luz, parte me esfuerzo en terminar lo antes posible, con la gracia de Dios»²⁵.

A pesar del tiempo que le llevó elaborar esta grandiosa obra, atesoró la esperanza de que también sus lectores acabarían por darle su asentimiento, toda vez que en el futuro se podría contar con un texto de Metafísica a la cual recurrir siempre que fuera menester. Líneas más adelante de la cita anterior podemos leer:

«Cada día, sin embargo, veía con claridad más diáfana como la Teología divina y sobrenatural precisa y exige ésta natural y humana, hasta el punto que no vacilé en interrumpir temporalmente el trabajo comenzado para otorgar, mejor dicho, para restituir a la doctrina metafísica el lugar y puesto que le corresponde. Y a pesar que en la elaboración de esta obra me detuve más de lo que inicialmente había yo pensado y me habían pedido muchos que anhelaban ver terminados los comentarios a la tercera Parte, o -si cabe esperar- a toda la Suma de Santo Tomás, con todo jamás pude arrepentirme de la tarea emprendida, y tengo confianza en que el lector, siquiera sea convencido por la experiencia misma, aprobará mi decisión»²⁶.

Lo dicho prueba con suficiencia la certeza que poseía el P. Suárez respecto a que un teólogo —como lo era él— debía poseer firmemente y entender con profundidad los principios metafísicos como asimismo los fundamentos del conocimiento especulativo.

24 DM, Proemio (I, 203).

25 DM, Motivo y Plan de toda la Obra (I, 17).

26 DM, Motivo y Plan de toda la Obra (I, 17).

4. CONCEPCIÓN DE LA FILOSOFÍA Y DE LA METAFÍSICA SEGÚN EL P. SUÁREZ

Más aún, y completando lo dicho en el párrafo precedente, antes de la aparición de las *Disputaciones Metafísicas*, la llamada filosofía primera estaba limitada al simple comentario sobre Aristóteles y se amoldaba, tanto en los contenidos como en la forma —con todos los inconvenientes que significaba aquello— al plano impuesto por esa ciencia en ciernes, tal cual la había propuesto el Estagirita; en contrario, el P. Suárez la concibe como una disciplina sistemática, corpus autónomo, con sus propias leyes, independientes de la Revelación, aunque fundamento de toda teología, estableciendo de paso una diferencia con el pensamiento del Aquitense quien consideraba que la filosofía podía simplemente confirmar, completar o ilustrar la teología ²⁷.

A este respecto resulta oportuno agregar otro comentario aclaratorio contextual propuesto por Weissmahr: «Los dos grandes proyectos filosóficos de Platón y Aristóteles, que influyeron profundamente en el pensamiento occidental, representaron las primeras cimas del pensamiento metafísico. En la concepción platónica es evidente que los fundamentos últimos de la realidad y lo divino no se diferencian en definitiva. Mas también para Aristóteles el campo temático de la 'filosofía primera' no sólo abarca la doctrina de los principios internos de las cosas mundanas, sino que incluye también la reflexión filosófica que avanza hasta la causa trascendente y universalísima de toda realidad. Con ello la metafísica, desde sus primeras representaciones tan vastas como clásicas, fue una ciencia en que las investigaciones ontológicas avanzaron hasta lo que bien podría llamarse una doctrina filosófica de Dios. El convencimiento de que la doctrina general del ser y la doctrina de lo absoluto pertenecen a la misma ciencia se mantuvo también en épocas posteriores, y en concreto durante toda la edad media; ello vino condicionado por el hecho mismo de que la metafísica se ofrecía bajo la forma de comentarios a los textos clásicos. El primer tratado sistemático sobre la metafísica, las *Disputationes metaphysicae* de F. Suárez (1597) representa todavía esa concepción» ²⁸.

Se ha dicho y con razón que las *Disputaciones Metafísicas*, en cuanto construcción filosófico-metafísica, constituyen una suerte de liberación de la filo-

27 Cf. Alain Guy, 'Suárez y Nosotros', en *Rev. Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, Simposio Francisco Suárez. U.P.S., vol. 7, Salamanca, 1980, p. 324; del mismo autor, *Los Filósofos Españoles de Ayer y de Hoy*, traduc. Luis Echevarri, Edit. Losada, Bs. As., 1956, p. 81. Cf. tb. Xavier Zubiri, *Naturaleza, Historia y Dios*, Edit. Nacional, Madrid, 1955, Notas Históricas, p. 124.

28 Bela Weissmahr, *Ontología*, traduc. Claudio Gancho, Edit. Herder, Barcelona, 1986, p. 10.

sofía cristiana, en tanto que en adelante tal filosofía no seguirá sometida al yugo peripatético, ni se verá reducida a una mera labor de exégesis. Cambia con esto la orientación de los escritos metafísicos: en vez de hablar sobre Aristóteles, que era lo consagrado, se intenta construir una metafísica, empresa no exenta de inconvenientes. De aquí que pareciera necesario subrayar que el ambiente en que había de aparecer una obra de tipo escolástico, al modo como lo son las *Disputaciones Metafísicas*, no podía ser más adverso y menos propicio: «Mas, a pesar de todo, nada más lejos de esa práctica que la existencia y aun la posibilidad de una obra sistemática, en que se acometiese y resolviese el problema de la unidad de la filosofía, presentando toda ella reducida a sistema. A tal posibilidad se oponía, en primer término, la práctica docente, apegada al comentario de Aristóteles, sobre todo del *Organon*, que ocupaba nada menos que dos años dentro de los tres destinados al estudio de la filosofía. Escribir una obra alejada de esta práctica vital era lo mismo que colocarse *ipso facto* en una posición avital, ya que no cabía esperar que los modos universitarios cambiasen a y por la publicación de una obra que acometiese el problema de la unificación de lo filosófico, liberándolo de los grilletes de la teología y del naturalismo, más o menos enmascarado de la física. La cualidad de Suárez como profesor de una orden religiosa, cuyos estudios estaban sujetos a una *Ratio Studiorum*, y, además, el publicar un libro cualquiera, estaba sujeto al permiso o licencia previa, podía contarse también como trabas de la empresa»²⁹.

Quizá haya sido esta situación ambiental tan poco propicia lo que obligó al P. Suárez a no abandonar por completo el aristotelismo, el cual es evidente en su obra metafísica; pero no por ello comprometió ciegamente su pensamiento a la filosofía del Estagirita. En todo caso, este convencimiento al que aludíamos, lo llevará a separar claramente de la teología la investigación filosófica, y luego, estando ubicado dentro de la filosofía, otorgarle prioridad a la metafísica. Y este cuerpo sistemático de metafísica, habrá que recordar, surge en una época histórica cuyas circunstancias exigen al pensador algo más que meros comentarios a la obra de Aristóteles, o algo más que una filosofía retórica, o algo más que una filosofía escéptica³⁰.

29 Juan Francisco Yela Utrilla, *Suárez y la Unidad de la Filosofía*, p. 171. «No carecía de audacia el proceder así; y si bien tuvo Suárez quien le precediera en esto, el hecho constituía una innegable novedad. En efecto, no solamente parece haber sido Suárez el primero en tratar toda la metafísica, y no sólo tal o cual de sus partes, bajo esta forma objetiva y sistemática, sino que, al hacerlo así, vióse obligado a precisar el vocabulario filosófico tradicional en la escuela, con un rigor y una claridad que no se encuentra en sus predecesores», Etienne Gilson, *El Ser y la Esencia*, traduc. Leandro de Sesma, Edit. Ediciones Desclée, Bs. As., s/f., p. 133.

30 Cf. José Ferrater Mora, *Cuestiones Disputadas*, Edit. Revista de Occidente, Madrid, 1955, p. 156.

Queda todavía por resaltar, en cuanto a la relación de la filosofía con la teología, un aspecto más que va a ser determinante en los propósitos de las Disputaciones, aspecto que el P. Suárez expone como condición de ellas ³¹.

«De tal manera desempeño en esta obra el papel de filósofo, que jamás pierdo de vista que nuestra filosofía tiene que ser cristiana y sierva de la Teología divina. Este es el fin que me he propuesto no sólo en el desarrollo de las cuestiones, sino mucho más en la elección de las sentencias u opiniones, inclinándome por aquellas que me parecían ser más útiles para la piedad y doctrina revelada. Por este motivo, haciendo a veces un alto en la marcha filosófica, me ocupo marginalmente de algunos problemas teológicos, no tanto para detenerme a examinarlos o explicarlos minuciosamente —cosa que sería ajena a la materia de que ahora trato— cuanto para señalar como con el dedo al lector con qué procedimiento se han de aplicar y adaptar los principios metafísicos a la confirmación de las verdades teológicas» ³².

En este lugar, como en tantos otros, y en relación con diversos tópicos el Doctor Eximio y Pío, tiene presente el pensamiento del Doctor Universal Santo Tomás de Aquino cuando éste afirma en las primeras páginas de la *Suma Filosófica* que: «Tomando, pues, confianza de la piedad divina para perseguir el oficio del sabio, aunque exceda a las propias fuerzas, nos proponemos la intención de manifestar, en cuanto nos sea posible, la verdad que profesa la fe católica, eliminando los errores contrarios» ³³.

De este modo el P. Suárez hizo suyo perfectamente en toda su obra el espíritu que animó, en la tradición escolástica, a los grandes maestros de teología, que consideraron a la filosofía como sierva de la teología, en el sentido meliorativo de la palabra, otorgándole de este modo un carácter instrumental, ministerial, a la filosofía respecto de la teología y esto es perfectamente aplicable en un sentido más radical a la fe religiosa ³⁴.

31 Cf. Eleuterio Elourduy, 'Dedicatorias y Proemios de las Obras de Suárez', en *Rev. Misceláneas Comillas*, vol. 9, Madrid, 1948, pp. 332-333.

32 DM, Motivo y Plan de toda la Obra (I, 17-18). «Los escolásticos han entendido siempre que la Filosofía es una servidora de la Teología y nunca, quizá, ha alcanzado esa servidumbre tan profundo sentido como en la obra de nuestro autor», Felipe Alonso Barcena, *El Padre Francisco Suárez y su Obra Teológica*, p. 79.

33 Tomás de Aquino, *Suma contra los Gentiles*, Edit. BAC, edic. bilingüe, Madrid, 1952, t. I, pp. 97-98.

34 Cf. Luis Martínez Gómez, 'Para una Evaluación Histórica de Francisco Suárez Filósofo', en *Rev. Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, vol. 7, Simposio Francisco Suárez, U.P.S., Salamanca, 1980, p. 6.

Se alude en definitiva —intención última de las *Disputaciones Metafísicas*— a la posibilidad de construir una filosofía propiamente cristiana que permita resolver las dificultades que supone la elaboración de una metafísica, con una base filosófica cierta y necesaria, que responda a las exigencias ineludibles del cristianismo. Esta base genética de la metafísica del P. Suárez afecta a toda la obra, cargándola de un acervo de caracteres hereditarios que permiten al autor aplicar el apelativo de «cristiana» a su filosofía, definiéndose él mismo como filósofo cristiano³⁵.

Esto equivale a decir que la filosofía del P. Suárez, expresada de un modo particular en sus *Disputaciones Metafísicas*, se caracteriza por el ambiente esencialmente cristiano en que se concibe y se realiza, ambiente que se constituye en su primer fundamento, recorriéndola de principio a fin y que le permite, desde esta perspectiva, resolver los principales problemas dentro de las tendencias propiciadas por el cristianismo. Esto explica el interés que han puesto los estudiosos de la filosofía del P. Suárez en subrayar el hecho de que el hombre aparece cada vez con más decisión en el centro del sistema suareciano, pero no el hombre en el estado puramente natural, sino el hombre teológico, cuyo conocimiento implica el conocimiento de Dios³⁶.

5. LAS DISPUTACIONES METAFÍSICAS COMO FILOSOFÍA CRISTIANA

Las *Disputaciones*, según la intención del P. Suárez, son precisamente esta «filosofía cristiana» requerida y suficiente para el análisis racional de los Libros Santos. Es «filosofía», en cuanto sus principios fundamentales, sus conceptos, juicios y encadenamientos lógicos han sido elaborados por la pura razón natural, sin recurrir a las verdades religiosas, aceptadas por la fe. Es «cristiana», porque los conocimientos obtenidos por esa filosofía no contradicen en modo alguno el contenido de las verdades de fe en su sentido literal o simbólico.

Un interesante alcance viene a hacer a este respecto Fernández Burillo: «La verdad es que Suárez sabe muy bien qué es la Filosofía y qué la Metafísica; sabe perfectamente que el criterio de verdad, en Filosofía, no es el de la fe teológica; sabe que un enunciado filosófico vale si es verdadero, no por ser útil a la fe y a la piedad, sino por ser verdadero; aunque sólo la Filosofía verdadera puede ser útil para la fe, pero esta es otra cuestión. La presente, es la que

35 Cf. Jesús Iturrioz, *Estudios sobre la Metafísica de Francisco Suárez, S.J.*, p. 40.

36 Cf. Eleuterio Elorduy, *Dedicatorias y Proemios de las Obras de Suárez*, p. 333.

podríamos llamar 'teologismo' de Suárez (para usar una expresión acuñada por E. Gilson³⁷). Pues, si un filósofo dice preferir una sentencia u opinión en razón de su piedad o su servicio a la fe, ciertamente utiliza un criterio muy sólido de verdad, pero ajena al método filosófico; todo será cuestión de grado, pero, a decir verdad, no nos parece que esté actuando como filósofo, sino como teólogo; de modo que su trabajo corre el riesgo de dejar de ser Filosofía, para convertirse en pura Teología. No es que ésta sea una ciencia menos digna, o de inferior categoría, es sencillamente otra. Y el 'teologismo' —un reduccionismo análogo al 'cientificismo'— no puede beneficiar ni a la misma Teología; en efecto, una Filosofía 'teologista' es una Filosofía sin vigor, sin certeza intrínseca. Se podría expresar muy bien así: cuanto más 'teologista', menos Filosofía. Pero si el 'teologismo' destruye la actividad filosófica, imposibilita también la Teología: ya que esta sólo es ciencia en cuanto se vale de la Filosofía como instrumento»³⁸.

Implícitamente queda formulado en lo previo la pregunta por la clase de teologismo a que respondería, si es el caso, la filosofía del P. Suárez, que obviamente no es fideísta, interrogante que el propio Fernández Burillo se encarga de responder cuando argumenta que: «las evidencias inmediatas y el discurso alcanzan en él una fuerza y demuestran una sana confianza en la razón humana incompatibles con el fideísmo. Además demuestra concluyentemente todas las tesis filosóficas que Santo Tomás de Aquino llamó '*praeambula fidei*'. Finalmente, quien no hubiera leído aún una sola página filosófica del Doctor Eximio, podría saber con certeza que un pensador que se preocupó y se empleó como él en contrarrestar los efectos de la herejía luterana, no puede, *eo ipso*, ser fideísta»³⁹.

Nadie discute que el P. Suárez recurre a la filosofía con un propósito distinto a los propios de la disciplina, puesto que —como hemos venido diciendo— tiene a la vista o son su preocupación principal los problemas teológicos; mas tampoco alguno puede poner en duda con seriedad que el P. Suárez recurra como procedimiento a la Revelación y a la Fe, para desde allí deducir con-

37 «En efecto, el "teologismo" había sido definido por Gilson como aquella estructura de ciertas síntesis medievales que de tal manera enfatizan el papel de la teología con respecto a la filosofía, que declaran incompetente a la razón aún en su propio dominio, haciendo, v. gr., de la fe una condición previa indispensable para la edificación de una teología natural, y confundiendo así la distinción entre teología y filosofía», Javier Andonegui, 'Sobre Teologismo y Avicenisismo en Duns Escoto', en *Rev. Scriptorium Victoriense*, n. 39, Vitoria, 1992, p. 262.

38 Santiago Fernández Burillo, *La Génesis de la Metafísica de Francisco Suárez*, Pról. Francisco Canals V., Edit. Ediciones TAT, Granada, 1988, p. 84. [Nota: Hasta donde tenemos noticia, sobre este texto se realizaron sólo las copias de pruebas, una de las cuales nos fue facilitada por el autor].

39 Santiago Fernández Burillo, *La Génesis de la Metafísica de Francisco Suárez*, p. 84.

clusiones estrictamente filosóficas; lo que sí hace es extraer conclusiones filosófico-teológicas con ocasión de cuestiones o datos revelados⁴⁰.

Teóricamente tal filosofía podría haber sido elaborada por un filósofo no cristiano; pero esto supondría un estado de perfección natural de infalibilidad, que históricamente no se ha dado y quizás no pueda darse, en ningún filósofo individual, ni en ninguna escuela filosófica. Y aun cuando los primeros principios formales de tal filosofía sean evidentes, o sea, apodísticamente ciertos para cualquier inteligencia que comprenda la significación de los conceptos con que se los formula, las afirmaciones derivadas de ellos en función de la materialidad de los datos que el conocimiento sensible entrega al intelecto están, de hecho, sujetas al error, por muy riguroso que haya sido el discurso lógico con que se obtuvieron. «Toda la construcción metafísica suareciana no hubiera tal vez venido nunca a la existencia sin la revelación cristiana. Ella dio al hombre la posesión plena de una verdad fundamental no inaccesible para la razón, pero que de hecho no había sido patrimonio de las filosofías paganas: la creación de la nada que postula sin vacilaciones un Dios personal, Creador y absolutamente trascendente sobre el mundo, y traslada el problema filosófico capital del terreno del movimiento al de la contingencia, del ‘¿por qué se mueven los seres?’, que preocupó a los griegos, al ‘¿por qué son?’»⁴¹.

Sin duda el conocimiento de la ‘verdad revelada’ como juicios sintéticos *a priori*, por decirlo así, aunque no influya directamente en la búsqueda de las verdades filosóficas, permite indirectamente evitar los errores a que están expuestos los intelectos individuales en su sometimiento a la razón. Pero esto no lo convierte en teología.

6. EL PROBLEMA DEL MÉTODO EN LAS DISPUTACIONES METAFÍSICAS

Llegamos a tocar así el problema de la **relación de contenidos** y su consecuente forma, en el que estriba, para bien o para mal, la clave de su influencia y su suerte ulterior. «No se trataba ya simplemente del problema de cómo *gagner le ciel* —para usar la conocida expresión de Descartes—, o del alcance de la libertad humana, o de las bases de la concordia, sino de un principio ontológico del cual pudiese derivarse lo restante. Al acercarse el momento crucial de

40 Cf. Luis Martínez Gómez, *Para una Evaluación Histórica de Francisco Suárez Filósofo*, p. 9.

41 José Gómez Caffarena, ‘Suárez Filósofo’, en *Rev. Razón y Fe*, vol. 138, Madrid, 1948, p. 146.

la crisis histórica y filosófica, el hombre tenía que decidirse a saber lo que el «ser» era en su última instancia, porque sólo esto podía permitirle hallar un método para descubrir lo que podía ser conocido de cada ser»⁴².

En esto radica precisamente el giro filosófico suareciano y por el cual su obra ha llegado a constituirse en un hito en la historia del pensamiento occidental. El P. Suárez hará especial mención de este punto en el Motivo y Plan de la obra de sus *Disputaciones*, haciéndonos ver la relevancia que le otorga a la cuestión del método, tanto en lo que se refiere a su aplicación al objeto investigado, como a la manera de exponer⁴³.

«Y por haber creído siempre que gran parte de la eficacia para comprender los problemas y profundizar en ellos radica en el método oportuno de investigación y enriquecimiento, que sólo con dificultad y acaso ni así siquiera podría yo seguir, si —según la costumbre de los expositores— trataba todas las cuestiones racionalmente y como al azar, tal como surgen a propósito del texto del filósofo, por ello juzqué que sería más útil y efectivo, guardando un orden sistemático, investigar y poner ante los ojos del lector todas las cosas que pueden estudiarse o echarse de menos referentes al objeto de esta sabiduría»⁴⁴.

Por eso, el remedio a los defectos que explícita e implícitamente quedan señalados en el texto suareciano había de consistir en una reforma eficaz y sana de los métodos y procedimientos filosóficos, ello en pro de sacudir la pereza mental de los hombres y para encauzar rectamente a éstos en el estudio y exposición de los escolásticos del siglo XIII, y que les hiciera, además, mejorar las doctrinas de la Escuela conforme lo pedían el progreso de los tiempos y los nuevos factores que al nacer la Edad Moderna se presentaron en el mundo filosófico⁴⁵.

Esta misma cita viene a mostrar también el convencimiento que animaba al P. Suárez respecto de las exigencias que impone el conocimiento perfecto de la Metafísica, conocimiento que a su juicio no podía elaborarse sin antes abandonar el método tradicional.

«Lo metodal, para Suárez, halla como su primera y principalísima expresión en la disputación primera, que encabeza, por tanto, toda la obra. El título

42 José Ferrater Mora, *Cuestiones Disputadas*, p. 163.

43 No todos los autores están de acuerdo en otorgarle la importancia que merece la cuestión del método en las DM. Cf. Jordan Gallego, 'La Aparición de las Primeras Metafísicas Sistemáticas en la España del XVI: Diego Mas (1587), Francisco Suárez y Diego Zúñiga (1597)', en *Rev. Escritos del Vedat*, vol. 3, Valencia, 1973, p. 134.

44 DM, Plan y Motivo de toda la Obra (I, 18).

45 Cf. Marcial Solana, *Historia de la Filosofía Española en el Siglo XVI*, Public. Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, Madrid, 1940, t. III, p. 11.

de la misma, *Sobre la naturaleza de la filosofía primera o metafísica* está ya presagiando un contenido que será como una especie de plano o diseño de la construcción entera. Estamos ante una magnífica propedéutica de la metafísica o ante una maravillosa introducción a la filosofía, la primera del género»⁴⁶.

«El segundo punto es que, aunque se pueden imaginar muchas ocasiones que puede haber habido para poner en mí esta nota, una principal es el modo de leer que yo tengo, que es diferente de lo que los más usan por acá; porque hay costumbre de leer por cartapacios, leyendo las cosas más por tradición de unos a otros, que por mirallas hondamente y sacallas de sus fuentes, que son la autoridad sacra y la humana y la razón, cada cosa en su grado. Yo he procurado salir deste camino y mirar las cosas más de raíz, de lo cual nace que ordinariamente parece llevan mis cosas algo de novedad, quier en la traza, quier en el modo, quier en levantar algunas dudas que otros no tratan de propósito, quier en otras cosas que siempre se ofrecen: y de aquí pienso que resulta que, aunque las verdades que se leen no sean nuevas, se hagan nuevas por el modo, o porque salen algo de la vereda de los cartapacios»⁴⁷.

Esto viene a significar, por un lado y en lo medular, asumir cuanto hay de aceptable y perfecto en la modalidad aristotélica, al tiempo que suplir las lagunas y corregir las imperfecciones que oscurecen la obra del Estagirita. Por otro lado, hacerse a la tarea de modificar la metodología expositiva, no como una mera intención, sino de manera efectiva, dando con ello un paso decisivo hacia la modernidad.

No obstante lo anterior, de alguna forma u otra, el P. Suárez no quiso o no pudo desligarse absolutamente de una tradición fuertemente arraigada, lo que le llevó, para dar satisfacción a quienes continuaban aferrados al texto aristotélico, y con el fin de facilitar el manejo de sus *Disputaciones* a los partidarios del tradicional comentario, encabezar su obra con un *Index Locupletissimus in Metaphysicam Aristotelis*⁴⁸ de las cuestiones estudiadas o sugeridas en los libros del Estagirita. Viene a ser este 'índice' una especie de concordia detallada de los problemas tratados por el filósofo y por el P. Suárez, a lo que se añade una breve exposición de algunos temas o problemas de raigambre inveterada en los llamados 'comentarios', pero que nuestro autor juzga ajenos a los que deberían ser los contenidos propios de una auténtica metafísica. Explicando este *Index*, señala el P. Suárez:

46 Juan Francisco Yela Utrilla, *Suárez y la Unidad de la Filosofía*, pp. 181-182.

47 Trozo de la carta del P. Suárez al P. General Everardo Mercurián de fecha 10 de abril de 1579, en Raúl de Scorraille, *El P. Francisco Suárez de la Compañía de Jesús*, t. I, p. 156.

48 Cf. DM, Índice detallado de la Metafísica de Aristóteles (I, 20-178).

«En él se expone el orden y disposición de sus libros y capítulos, se hace un breve resumen de todos, se esbozan todas las cuestiones que en ellos suelen o pueden discutirse, con los pasajes de la presente obra en que se estudian. Y si algunas de menor volumen, referentes a la interpretación del texto, han sido pasadas por alto en la misma obra, son brevemente expuestas en este índice de acuerdo con la dificultad y utilidad de cada una»⁴⁹.

No se trata, como a primera vista pudiera pensarse, de establecer solamente una correspondencia entre el orden de los temas metafísicos como aparecen en la *Metafísica* aristotélica y como figuran en el sistema de las *Disputaciones* suarecianas; además de esta tarea propia de correspondencia de Index, se trata también —y esto es sin lugar a dudas lo más relevante— de comentarios aclaratorios al pensamiento de Aristóteles, no en cuestiones que pudieran aparecer como accesorias, sino en materias fundamentales, de manera que con su lectura se entra ya en los temas que posteriormente y con todo detalle serán analizados en las *Disputaciones*. De paso se intenta a través de él un propósito secundario, cual es, retener en la memoria y comprender la compilación metafísica aristotélica⁵⁰.

«Más como habrá muchos que deseen tener toda esta doctrina en cotejo con los libros de Aristóteles, no sólo por ver cuáles son los principios de tan gran Filósofo que le sirven de fundamento, sino también para que su uso les sea más fácil y útil para entender a Aristóteles, también en este punto procuraré ser útil al lector mediante un índice elaborado por mí, en el que —con una lectura atenta— se podrá comprender y retener en la memoria con suma facilidad —si no me engaño— cuántas cosas Aristóteles trató en sus libros de metafísica; y a su vez se podrán tener a la mano todas las cuestiones que suelen suscitarse en la exposición de dichos libros»⁵¹.

49 DM, Index (I, 20).

50 Cf. Juan Francisco Yela Utrilla, 'La Metafísica de Francisco Suárez', en *Rev. Nacional de Educación*, vol. 3, Madrid, 1943, p. 48.

51 DM, Motivo y Plan de toda la Obra (I, 19). Respecto de este *Index*, comenta Feliciano Cereceda, que en él se «sintetiza toda la materia manipulada, agobiante por la extensión y abstruismo de las cuestiones, y en el que a su vez da razón de los métodos empleados revelándose un perfecto conocedor del griego que le enseñó Cantalapiedra en Salamanca. Desciende a insignificantes pormenores del texto aristotélico, y como un experto, ventila puntos filológicos, de interpretación y fijación de textos, y hasta de uso de ediciones y variantes de lectura recogidas en los diversos críticos que publicaban entonces las obras del Estagirita», *Formas Renacientes en la Producción Científica Suareciana*, pp. 129-130.

7. EL PROCEDIMIENTO DE LA 'DISPUTACIÓN' EN LA ESCOLÁSTICA Y EN LAS *DISPUTACIONES METAFÍSICAS*

La costumbre inveterada en los tiempos del P. Suárez, como ya dijimos, era enseñar la Metafísica comentando los doce libros que escribió Aristóteles acerca de esta parte de la Filosofía. Sabemos que las 'cuestiones disputadas', de allí el sustantivo 'disputaciones' que entra en el nombre de la obra suareciana, era un procedimiento usado frecuentemente en las investigaciones teológicas del Medioevo destinadas a discutir problemas filosóficos, que bien omitía el texto, o únicamente sugería y no resolvía. Los problemas planteados en ellas eran tratados teológicamente, aunque pudieran serlo desde un punto de vista puramente filosófico. De tal modo que —y esto sirva como referente para la ubicación más allá de lo puramente histórico— «como *disputaciones* pertenecen aún a la Edad Media. Suárez conservó, en efecto, la costumbre medioeval, que trató tantas y tan diversas *Quaestiones disputatae* desde el siglo XIII, y que consistía en no determinar nunca un problema sin haber de antemano citado, confrontado y criticado las opiniones más notables propuestas por sus antecesores sobre el punto en discusión. En otro sentido, no obstante, las *Disputaciones* de Suárez preséntanse ya como un moderno tratado filosófico, habiéndose su autor separado deliberadamente de toda sujeción al texto de la *Metafísica* de Aristóteles, cuyo orden, o mejor desorden, le parecía encerrar muchos inconvenientes»⁵². A fin de romper con el modelo impuesto, que considera por lo demás inadecuado, y lograr los propósitos que tiene en mente, el P. Suárez declara enfáticamente en la Introducción cuál será el procedimiento a emplear por él en su obra:

«Para proceder con mayor concisión y brevedad, y para poder tratar las cosas con método apropiado, nos abstendremos de prolijas explicaciones del texto aristotélico, y consideraremos las mismas cosas de que se ocupa esta sabiduría con el método doctrinal y expositivo que mejor se acomode a ellas. Porque, en lo que se refiere al texto aristotélico en estos libros de metafísica, hay algunas partes que apenas tienen utilidad, bien por reducirse a proponer cuestiones y dudas, que deja sin resolver, como es el caso del tercer libro, bien por detenerse en la exposición y refutación de las opiniones de los antiguos, como se puede ver fácilmente en casi todo el primer libro y gran parte de los otros, bien, finalmente, porque repite o resume las mismas cosas dichas en los libros anteriores, según se echa de ver en el libro XI y otros»⁵³.

52 Etienne Gilson, *El Ser y la Esencia*, p. 132

53 DM, 2, Introducción (I, 359).

Generalizando podríamos decir que el fundamento filosófico era aristotélico y que éste venía a constituirse, por tanto, en el trasfondo racional ontológico de la disputa, como sucedía en todas las investigaciones teológicas.

Con la aparición de las *Disputaciones Metafísicas* —necesario es reiterarlo aquí— se libera la filosofía del texto aristotélico y nace la metafísica en cuanto tal⁵⁴. Este juicio libre de cualquier arbitrariedad de Yela Utrilla emana como consecuencia de dos estudios fundamentales e indiscutidos a los cuales recurre para confirmar su opinión: el de W. Jaeger, que como sabemos demuestra que la *Metafísica* de Aristóteles es un fajo de papeles inconexos y contradictorios, y el estudio de M. Grabmann en que demuestra ser el P. Suárez el primero en haber emprendido la construcción de una metafísica cristiana, a la que ha dado una grandiosa unidad. No quiere decir esto, que la obra del P. Suárez se yergue solitaria como una pirámide en el desierto. Muy por el contrario, numerosos comentaristas y pensadores precedentes, aunque sea en algunos casos de manera incidental, habían ido emitiendo sus respectivas opiniones sobre el modo de concertar los diversos puntos de doctrina adjudicados por Aristóteles a la Filosofía Primera. El este sentido el P. Suárez halló una serie larga y caótica de opiniones sobre este asunto. Su mérito primero —así lo reconocerá el propio Gilson— consistió en haber recogido esos elementos dispersos, para ordenarlos, enjuiciarlos, anotar los elementos aprovechables, y finalmente, enmendando lo defectuoso, forjar la unidad de la más importante y la más intrincada de las ciencias humanas. Este trabajo titánico le permitió convencerse, en efecto, que la unidad de las ciencias humanas ni es completamente natural, como la estructura de un ser viviente, ni del todo artificial como un artefacto. «Frente al estilo ahistórico, que diseña una filosofía *ab ovo* totalmente nueva, desarraigada del pasado, so pretexto de ser ella la única forma de llegar a un sistema filosófico, a una filosofía unitaria, a la unidad de la filosofía; frente a la filosofía del sistema a todo trance, del sistema desligado de lo histórico, que degenerará en lo más radicalmente histórico, frente a todo esto, Suárez se coloca dentro de la historia de la filosofía, arraigándose en el pasado del todo. La filosofía llamada moderna se iniciará con lo constructivo, con lo sistemático, con el sistema a ultranza, cosa indudablemente, hasta cierto punto, meritoria, desde el momento en que es inconcebible e inaceptable una filosofía que no tenga, por lo menos, pretensiones de sistemas, una filosofía que se quede en el mero y puro filosofar. Pero si esa nota de lo sistemático lleva anejo el ahistorismo, el desarraigo del pasado, bastará esto último para convertir la pretensión de sistema en meros fuegos

54 Cf. Juan Francisco Yela Utrilla, 'La Metafísica de Francisco Suárez', en *Rev. Nacional de Educación*, vol. 3, Madrid, 1943, p. 47.

fatuos, en castillos en el aire, resultado de la presuntuosa soberbia, presa en los delirios de la demencia»⁵⁵.

Ahora bien, lo importante del procedimiento de la disputación era esta especie de contrapunto intelectual en que se combinan las diversas opiniones que sobre un tema determinado habían expuesto los escritores profanos y sagrados. «Este método —dice Scorraille— tenía ciertas utilidades, a saber: solidez de doctrina, inteligencia de una obra magistral y uniformidad de las escuelas; pero tenía asimismo inconvenientes: lentitud inevitable, obligación de declarar todos los pasajes difíciles, algunas veces con más trabajo que provecho, y sujeción a un plan de curso que ya tenía veinte siglos de antigüedad»⁵⁶.

En definitiva, colocando en la balanza lo que hemos venido afirmando es comprensible la actitud asumida por el P. Suárez al optar finalmente por implementar un método con el cual se pudieran superar las dificultades antes indicadas y, además, dejar al margen el texto y plan de Aristóteles, conservando únicamente su doctrina, toda vez que ésta cumpliera con las exigencias impuestas previamente. De no haber sido así, no hubiera podido tratar las materias que eran de su interés con la amplitud y finalidad que deseaba.

«Llevado, pues, por estas razones y por el ruego de muchos, determiné previamente escribir esta obra, en la cual incluyese todas las disputaciones metafísicas, sujetas al método expositivo que fuese más conveniente para su comprensión y para su brevedad, y que sirviese mejor a la sabiduría revelada. Por todo ello, no será preciso distribuir o dividir esta obra en varios libros, ya que en un breve número de disputaciones pueden ser abarcadas y agotadas todas las cuestiones que son propias de esta doctrina o que pertenezcan a su objeto desde el punto de vista aquí adoptado. En cambio, los temas que pertenecen a la pura filosofía o a la dialéctica (en los que otros autores metafísicos se detienen con pormenor), los apartaremos en cuanto podamos como ajenos al presente tema»⁵⁷.

Así, pues, las *Disputaciones Metafísicas* son formalmente el traslado de la técnica de las disputas al tratamiento de los problemas metafísicos en su totalidad distribuidos en cincuenta y cuatro temas principales, sistemáticamente ordenados como era la intención del P. Suárez.

«Si las Sumas y Comentarios medievales catalogaron simplemente como estilo literario-escolástico, y siguiendo el método inaugurado por Abelardo en

55 Juan Francisco Yela Utrilla, *Suárez y la Unidad de la Filosofía*, p. 176.

56 Raúl de Scorraille, *El P. Francisco Suárez de la Compañía de Jesús*, t. I, p. 314.

57 DM, Proemio (I, 204).

sus *Sic et Non*, los *Praeterea* y los *Sed contra est* y *Responde dicendum* tomistas, Suárez alinea, hasta agotar, las diversas sentencias u opiniones, las pone a toda su luz y fuerza probativa, la que traen de sus defensores y la que él añade por su cuenta mostrándose momentáneamente casi beligerante en su favor, antes de recoger sintéticamente el núcleo de la cuestión y dar su respuesta personal. Labor ingente de análisis y disección que resulta ya para muchos enfadosa, testimonio en todo caso de una voluntad de equilibrio, de seriedad y de imparcialidad en el tratamiento de doctrinas y de autores. Tanta, que de todos es sabido cuántas veces se ha confundido lo que expone de otros y luego va a ser rechazado, con lo que él mismo al final sostiene»⁵⁸.

«Y hace Suárez todo esto en un lenguaje preciso y didáctico⁵⁹; manifestando una erudición asombrosa, como que leyéndole se conoce puntualmente cuanto de notable habían enseñado los filósofos anteriores a él; y usando tal amplitud en la discusión de las razones, y poniendo tal esmero en la ponderación del valor demostrativo de las mismas, que casi puede decirse que el entendimiento del lector queda totalmente satisfecho viendo que el Doctor Eximio lo agota todo, y que oyéndole a él apenas existe posibilidad de desear saber más»⁶⁰.

8. LA ERUDICIÓN SUARECIANA COMO MARCA DISTINTIVA DE LAS *DISPUTACIONES* Y SU CONTRIBUCIÓN AL PROGRESO DE LA FILOSOFÍA

Todo este acopio de saber que demuestra el P. Suárez carecería de sentido si no destacáramos convenientemente las consecuencias positivas que se deri-

58 Luis Martínez Gómez, *Para una Evaluación Histórica de Francisco Suárez Filósofo*, p. 6.

59 En contra de esta opinión podemos citar: «Por desgracia, Suárez tiene tanto de formidable potencial intelectual como de desaliño y despreocupación literaria. Al leerle tiene uno la impresión de que Suárez tomaba la pluma sin preocuparse del lector, sin pensar en él, sigue impertérrito siempre adelante, con sus férreos análisis racionales: su obra no es la taracea minuciosa del plateresco de presentación vistosa y atildada, es la mole imponente herreriana de El Escorial que nos da la impresión de sublime por su grandiosidad», Juan Roig Gironella, *La Síntesis Metafísica de Suárez*, p. 170.

En esta misma línea podemos recurrir a las palabras de Sergio Rábade Romeo. «No pretendemos con esto desconocer que se trata de una obra que se encuadra ya dentro del barroco. Por eso, más de una vez, la claridad del plan se nos pierde sofocada por la pluralidad de motivos», 'La Metafísica Suareciana y la Acusación de Esencialismo', en *Rev. Anales Cátedra Francisco Suárez*, vol. 3, Granada, 1963, p. 74.

60 Marcial Solana, *Historia de la Filosofía Española*, t. III, p. 477.

van de ello. Ciertamente el P. Suárez no emprendió esta labor revisionista por sí misma, constituyéndose tal tarea en un fin, ni puede afirmarse que estaba animado por una tendencia puramente historicista; tampoco vale decir que su hacer puede reducirse a yuxtaponer sin más, como en una exposición retrospectiva, la labor teológica ancestral; ni menos que consistió en amalgamar o fusionar, bien que mal, en una masa informe, las tendencias de las diversas escuelas. Tal juicio, formulado por críticos, por lo demás francamente hostiles al Eximio, que así entienden, en sentido despectivo, el eclecticismo suareziano, sólo puede fundarse en un desconocimiento absoluto de su método de trabajo. Para rechazar estas opiniones podemos recurrir al texto de Dalmau quien, reconstruyendo el argumento de uno de los historiadores más idóneos en estas materias, viene a decir: «Porque, como con sumo acierto y comprensión lo ha dicho el mismo Grabmann a propósito de la *Metafísica*, si Suárez nos presentara así en su obra *‘un repertorio instructivo y completo de la enseñanza escolástica y de las divergencias de escuela a escuela, esta recensión no es un fin en sí: es sólo un medio y un camino para un trabajo más constructivo, la formación de un juicio propio sobre cada cuestión’*. Éste es el intento de Suárez; aquí, diríase, se halla en su propio terreno, ahora comienza su labor científica; todo el trabajo anterior ha sido preliminar, un andamiaje necesario. Y es preciso reconocer, a la simple lectura de algunos de sus capítulos o secciones, que la decisión, la serenidad, la posesión de sí mismo, la seguridad con que va avanzando por el camino de la propia investigación son indicios de un ingenio especulativo de primer orden»⁶¹.

En todo este procedimiento —y quizá de ahí nazca alguna confusión de los estudiosos y comentadores— se advierte la tendencia del P. Suárez de recurrir al argumento de la autoridad como medio de apoyo a sus propias soluciones, mostrando las opiniones de los maestros consagrados, de preferencia Aristóteles y Santo Tomás⁶². Este recurso, del que muchos ciertamente han abusado, tiene adecuadísima aplicación en las *Disputaciones* a partir de las expresas intenciones del autor; queda claro que no significa una seducción ni un arrastre por los nombres ilustres que avalaban desde siglos determinadas teorías; más bien hace suyo «aquello de Aristóteles de que el filósofo ha de ser juez que sentencia el pasado, aunque suponga ello la fatigosa empresa de seguir vuelos y más vuelos de abstracción»⁶³. Como ejemplo de esto,

61 José M. Dalmau, 'Suárez Teólogo', en *Rev. Razón y Fe*, vol. 138, Madrid, 1948, páginas 167-168.

62 Cf. DM, Introducción (I, 11).

63 Joaquín Irirarte, 'Francisco Suárez. Una Metafísica que ilumina el Escorial', en *Rev. Razón y Fe*, vol. 136, Madrid, 1947, p. 180.

recordemos que algunos pensadores actuales afirman que el texto suareciano resultó un tratado incompleto «en el sentido que omitía la psicología metafísica»⁶⁴. No deja de extrañar esta aseveración de Copleston por cuanto el mismo P. Suárez vendrá a decir que no trata de los problemas del alma porque él considera que este tema pertenece a la Física o Fisiología Natural, coincidiendo en este punto con Aristóteles, quien tampoco lo aborda en su *Metafísica*, sino en una obra aparte.

Es evidente que en las *Disputaciones Metafísicas* hay un tratamiento preferente de Aristóteles; pero esta incorporación de sus ideas directrices a las enseñanzas del P. Suárez, no significa en modo alguno que las *Disputaciones* deban ser clasificadas como un nuevo comentario, a la luz directa de la razón natural, de la *Metafísica* aristotélica. Sin el conocimiento de la Verdad Revelada la razón natural está como debilitada, pero no totalmente pervertida; su inclinación esencial hacia la verdad permanece. En cierta manera el aristotelismo es, en el paganismo, el mejor resultado de esta inclinación natural, pero no es la filosofía pura que necesita la teología cristiana.

Bastaría con realizar un simple recorrido a las secciones de las *Disputaciones* para constatar de hecho la asiduidad con que el P. Suárez recurre a las enseñanzas del Estagirita y, de acuerdo con ella, determinar ante los problemas propuestos una posición propia. «Este mérito no es de Suárez. Lo ha heredado de su maestro. Del cual, a la vez ha heredado también la solución dogmática de la mayor parte de las dificultades que a un pensador cristiano, como tal, pudiera presentar la teoría aristotélica. A este respecto podemos opinar que la problemática cristiana de Suárez en torno a Aristóteles estaba ya fundamentalmente resuelta en lo dogmático. Bajo este aspecto, no es comparable, con mucho, el mérito de Suárez con el de Santo Tomás»⁶⁵.

Se explica, entonces, la posición especial de Aristóteles en las *Disputaciones* del P. Suárez. Conviene considerar que en éstas se analiza el pensamiento de Aristóteles tal como aparece en obras más acabadas, cuyo estudio es antecedente necesario para la construcción metafísica; nos referimos especialmente a la Física, a la *Ética Nicomaquea*, a los *Analíticos*. Y aunque no queremos colocar el acento en un asunto meramente cuantitativo, es preciso recordar —siguiendo a Iturrioz—, que «Aristóteles es la fuente más citada por Suárez en la *Metafísica*, con una proporción desmedida, no sólo sobre los demás griegos, sino aún sobre Santo Tomás, cuyas 1.008 referencias son

64 Frederik Copleston, *Historia de la Filosofía*, traduc. Juan C. García B. Edit. Ariel, Colec. Convivium, Barcelona, 1971, t. III: de Ockam a Suárez, cap. XXII, p. 337.

65 Jesús Iturrioz, *Estudios sobre la Metafísica de Francisco Suárez, S.J.*, pp. 71-72.

rebasadas en un tercio por las 1.735 citas de Aristóteles»⁶⁶, de un total que, incluyendo otros 245 autores, alcanza a las 7.718, que son muestra clara de su gran erudición.

Insistamos aquí en que la posición especial de Aristóteles, que hemos estimado conveniente clarificar con cierto detenimiento, por cierto no absorbe toda la atención del Eximio frente a los aportes anteriores. «Suárez, no obstante la pujanza creadora que en sí siente, reconoce, con su gran maestro el Doctor Angélico, que la sabiduría buscada no puede alcanzarse con el solo propio esfuerzo, personal y aislado, que la ciencia humana es fruto del concurso de muchos, que por lo mismo es en el pasado, en la tradición, amplia y generosamente aceptada, donde ha de encontrar el propio pensamiento el estímulo más eficaz para un progreso fecundo. Ésta es la razón de aquella erudición verdaderamente abrumadora: la convicción profunda del valor de la ciencia humana en su diuturna, secular carrera»⁶⁷.

Como lo pone de manifiesto Gilson, y siendo él quien lo dice, podemos completar el respectivo comentario recurriendo a sus propias palabras: «Suárez goza de un conocimiento tal de la filosofía medieval como para avergonzar a cualquier historiador moderno del pensamiento medieval. En todas y cada una de las cuestiones parece conocerlo todo y a todo el mundo, y leer su libro es como asistir al Juicio Final de cuatro siglos de especulación cristiana por un juez desapasionado, deseoso siempre de dar a cada cual una oportunidad, supremamente apto para hacer el balance de un caso y, desafortunadamente, tan ansioso de no ofender a la equidad que, para él, un veredicto moderado es el más digno de ser considerado como veredicto verdadero»⁶⁸.

En este esfuerzo enorme, el P. Suárez logra confrontar la totalidad de las tesis escolásticas del pasado con los problemas y opiniones de su época, convirtiendo de este modo su corpus metafísico en una enciclopedia crítica del saber filosófico, lo que en sí mismo es merecedor de los mayores elogios, haciendo suya la responsabilidad de llevar a la disciplina al sitio que le corresponde, tal como las circunstancias históricas se lo exigen y permiten. Por esto mismo, las *Disputaciones Metafísicas* tienen el valor y el mérito de ser exponente y remate de todo un siglo de luchas y tensiones, de esfuerzos y ensayos

66 Jesús Iturriz, *Estudios sobre la Metafísica de Francisco Suárez, S.J.*, cap. II. Fuentes de la Metafísica de Suárez, p. 71.

67 Ramón Ceñal, 'Alejandro de Alejandría: Su Influjo en la Metafísica de Suárez', en *Rev. Pensamiento*, vol. 4, Madrid, 1948, p. 91.

68 Etienne Gilson, *El Ser y los Filósofos*, traduc. Santiago Fernández B. Edit. Universidad de Navarra, Pamplona, 1979, p. 156.

encaminados a una estructuración completa, total y acabada del pensamiento filosófico y teológico de aquellos tiempo ⁶⁹.

Este conjunto de aseveraciones contribuyen a otorgar al P. Suárez un relieve y una importancia que hace alto honor al apelativo pontificio de Eximio y Piadoso, atribuyéndole, con aquella justicia que no siempre ni por todos se le ha mostrado, el haber logrado aquello en que el Estagirita no pudo salir airoso.

HÉCTOR PÉREZ SAN MARTÍN

69 Cf. Jordán Gallego Salvadores, *La Aparición de las Primeras Metafísicas*, pp. 133-134.